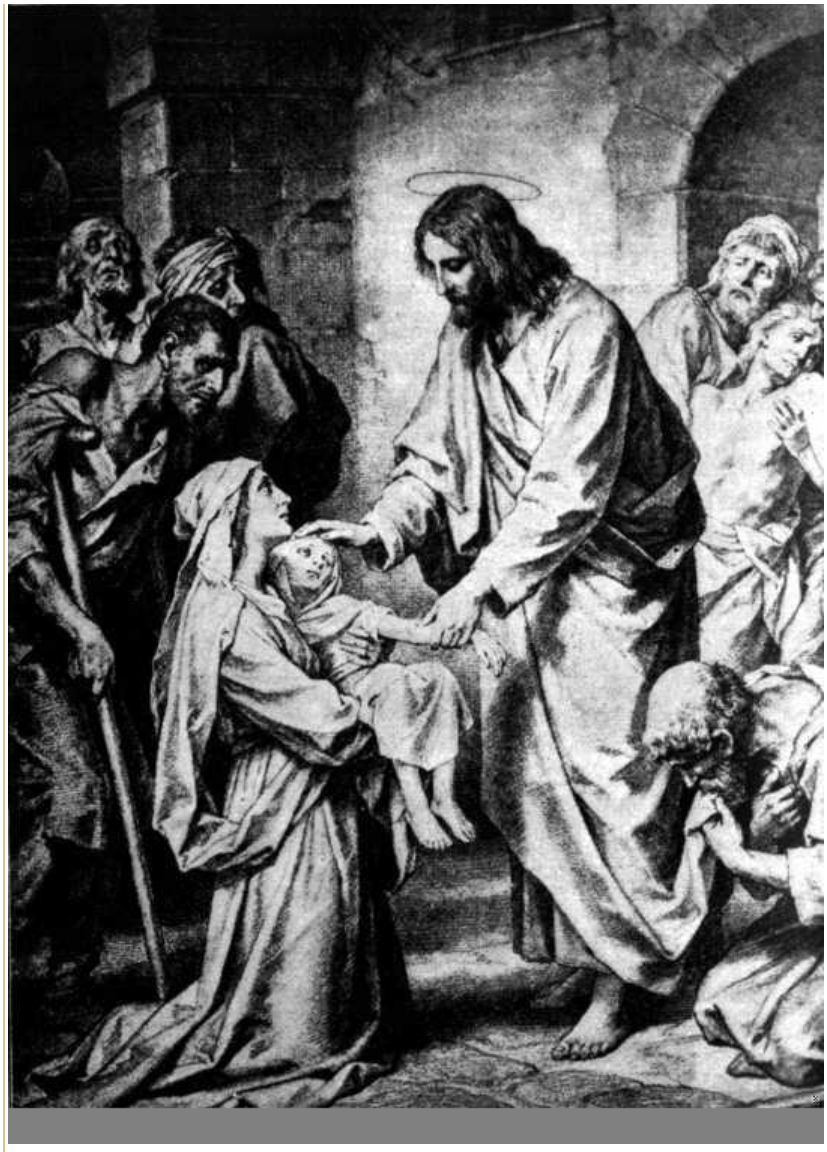

Felipe Santos, SDB

***"Mi padre sigue actuando y yo también actúo"* (Jn 5,17).**

Acoge con gozo esta confidencia de Jesús. Ni él ni el Padre se han alejado de este mundo. La tarea de la creación sigue abierta y podemos esperar todavía

novedad. Por muy mal que vayan las cosas da esperanza saber que el Espíritu sigue dibujando un horizonte de vida para la humanidad. El proyecto del Padre es llevar al hombre a la plenitud de vida. En la actuación de Jesús sale a relucir la experiencia del Padre que lleva en el corazón.

Orar es prestar la vida para continuar la obra de del Espíritu, porque nada amplio se realiza sin una vida interior.

Escuchamos hoy a Jesús que se dirige a sus enemigos exponiendo la justificación de sus acciones. En primer lugar, porque “mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo”; la obra de Dios no se reduce a momentos estipulados por las leyes humanas; su actividad es continua, permanente; es decir, su gracia y su compasión no cesan ni siquiera el día que la ley consagra al reposo y al descanso; tampoco se circunscribe a un grupito, a una élite de fieles; es universal, ni a un espacio determinado. Ni el templo siquiera puede reducir el espacio de la acción divina.

Con estas palabras queda deslegitimada aquella interpretación de la ley del reposo sabático que en lugar de ser un tiempo de sosiego, abruma al practicante

estresándolo quizás más que el mismo trabajo de la semana. Pero también queda establecida la íntima identidad que existe entre Jesús y Dios a quien abiertamente llama “mi” Padre, y lo cual empeora aún más el odio y la envidia de los judíos.

Lo que sigue no es ni siquiera un intento de defensa de parte de Jesús. Es el anuncio abierto y claro de su identidad como hijo de Dios, enviado por Él mismo.